

Querido Diario:

Marcela Guijosa

Mayo, mes de María. Así decían las monjitas de mi escuela cuando yo tenía ocho años. Era un mes intensivo dedicado a la Virgen y se trataba de ir “a ofrecer flores”. Ibamos

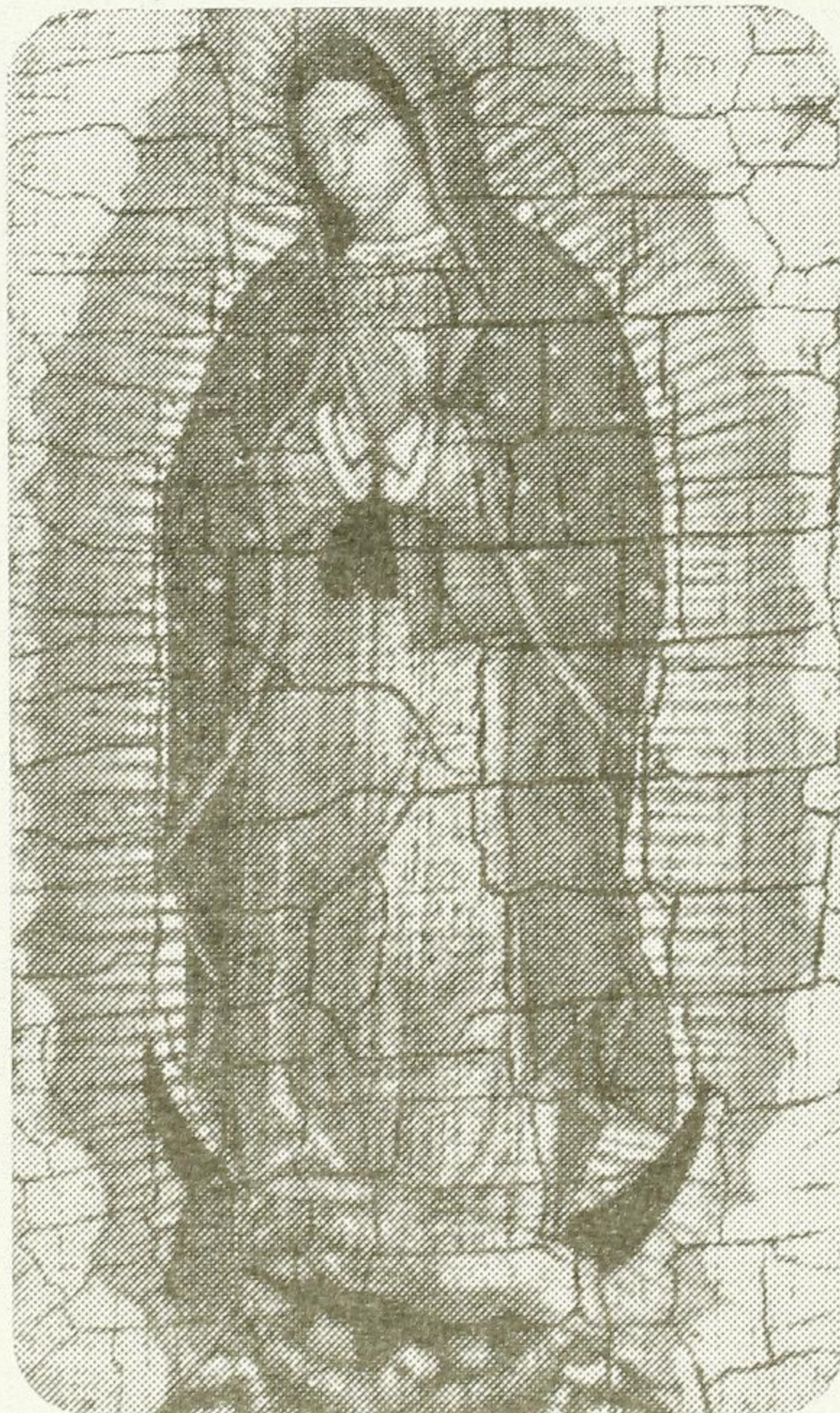
cada semana, muy elegantes con el uniforme de gala –guantes y boina– a la capilla de la misma escuela, y no sé por qué, las flores ofrecidas siempre eran gladiolas blancas. En esos años como que estaban de moda las gladiolas, en todas las bodas o misas solemnes había, en todas las iglesias y en los panteones, hasta en las casas había grandes floreros con gladiolas. A mí no me gustaban. Hoy, a veces compro y ya me gustan, hasta ésas que son entre color de rosa y salmón, aunque no sé si es por la pura nostalgia.

Cantábamos Oh María, madre mía, oh consuelo del mortal. Y, por supuesto, Bendita sea tu pureza, con acompañamiento de órgano y con dos voces bastante bien logradas gracias al profesor aquél de coro

que teníamos. La Virgen de la capilla era una Inmaculada. Esa Virgen de yeso, de vestido azul clarito, se me hacía deslavada y cursi, como la pureza y como las gladiolas, y no me gustaba.

Y es que me quedaba lejos. La Inmaculada era como extranjera, no me era tan familiar, tan de mi casa como

la Virgencita de Guadalupe. Esa sí, siempre me gustó. Cómo no me iba a gustar si siempre estuvo con su marco de puertitas encima de la cabecera de mis papás, si varias veces al año íbamos a la vieja Basílica y le rezábamos y comíamos gorditas y nos divertíamos bastante en el paseo. Cómo no me iba a gustar si siempre ha sido mi patrona, mi guardiana personal, si como ya he dicho hasta el cansancio, yo misma soy un milagro viviente de la Morenita del Tepeyac, si nací gracias a ella. Marcela Guadalupe. Mi bolo de bautizo –de papel transparente tipo albanene, con una medalla de papel metálico pegada–; mis estampitas de la Primera



Rotmi Enciso

Comunión –que fue en la mismísima Villa–, mi propia medalla de oro colgada al cuello, la capilla en donde me casé, siempre han tenido

como símbolo una Virgen de Guadalupe. Y todo el tiempo he sentido que no la escogí yo a Ella, sino que Ella me escogió a mí. Como escogió a Juan Dieguito y a México, *non fecit talit omni nationi*, no hizo cosa igual con ninguna otra nación.

Y todas las noches, cuando rezábamos Dulce madre no te alejes tu vista de mí no apartes, era Ella la que yo imaginaba viniendo conmigo a todas partes, la que sola nunca me dejaba, la que tanto me protegía, y no se hablaba de pureza ni de castidad: el discurso no era regañón, sino siempre amoroso. Era de una maternidad fuerte que siempre nos amparaba.

Cuando pasó el tiempo, cuando me volví filósofa-feminista, leí a Simone de Beauvoir, cual debe. Y una de las cosas que más me impactaron del *Segundo Sexo* fue su análisis de la religión católica, sobre todo de la figura de la Virgen. Me acuerdo de mi terrible sorpresa y mi enorme indignación cuando leí con otros ojos aquellas palabras del *Angelus*: "He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra". Y como Dios tiene cromosoma ye, y como para acabarla de amolar es uno y trino, o sea, son tres, resulta que la pobre de María resulta ser la esclava de tres señores: es la esclava del Padre, la esclava del Hijo, y la esclava del Espíritu Santo que viene siendo como su esposo, porque ella *conció por obra del Espíritu Santo*. La dignidad y la existencia misma de esa María se resumen en su relación con esa trinidad.

¿En qué acabaron las poderosas deidades femeninas de la más remota antigüedad? Como las gentes conservan clandestinamente la vieja veneración a la Diosa, en la alta Edad Media se comienza a fomentar muchísimo el culto a la Virgen. Se rescatan algunos rituales dedicados a lo femenino, pero lo femenino se reduce, se ordena y se reglamenta. Se le quita lo divino.

María se convierte en la esclava del Señor, en la medianera de todas las gracias, en una mujer que es la madre de Dios pero, ojo, no es Diosa. No es creadora, ni señora de la fecundidad, ni de la vida ni de la muerte. Es sólo una mujer: es una humana. Muy especial, muy sin pecado original, muy santísima, pero humana. No tiene doble naturaleza, como Jesucristo; y aunque nos digan que intercede por nosotros como madre amorosa (lágrimas, súplicas, ruegos de mijito por favor), el mero mero es Dios, que es varón, con todas sus barbas, con toda su gloria y todo su poder omnipo-

tente que hace lo que quiere y toda su santísima trinidad y su coro de ángeles por los siglos de los siglos.

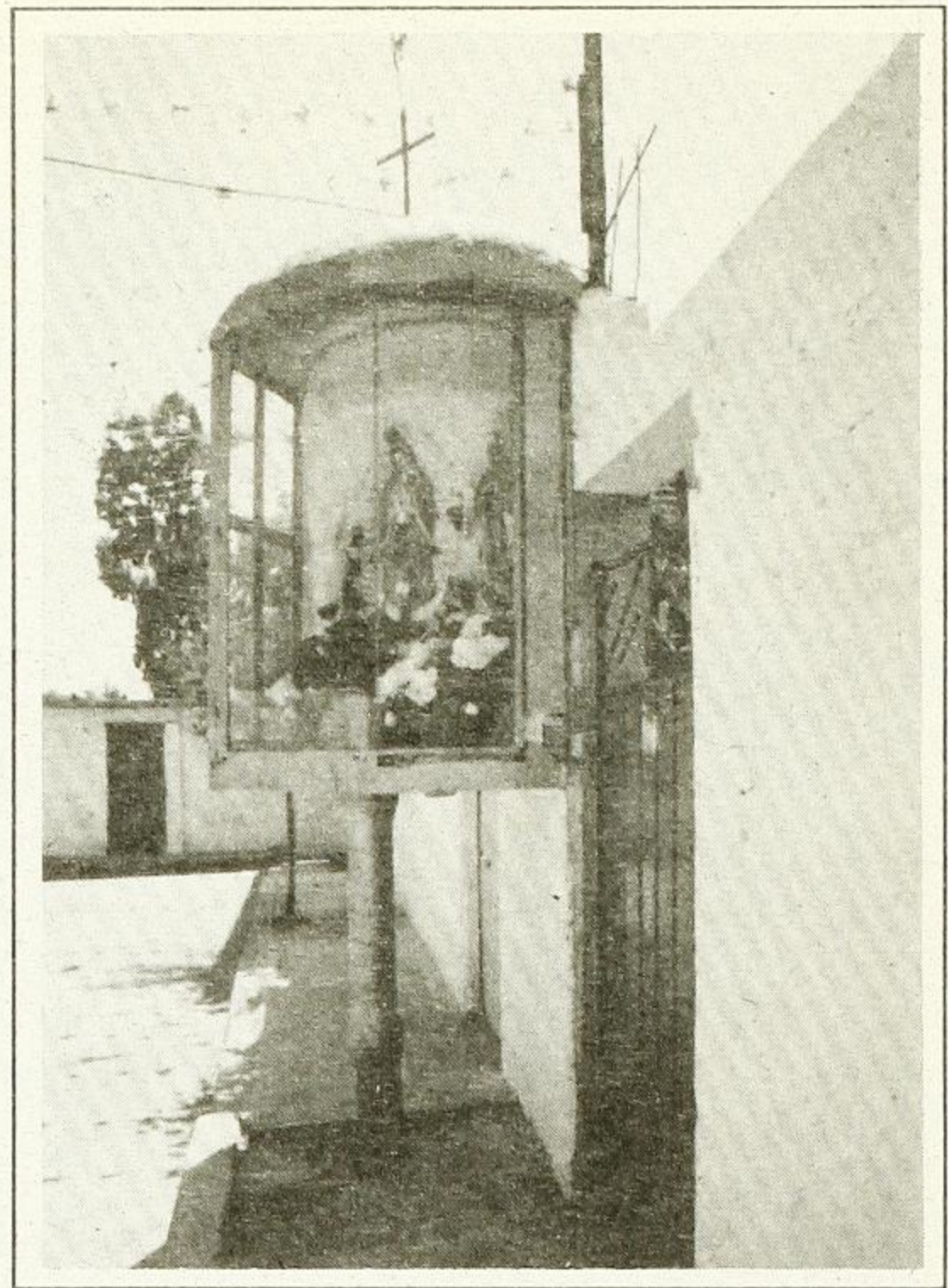
Y como dice la Simone, desde entonces el modelo femenino que se nos impondrá es ser hija y virgen, ser esposa, ser madre, pero siempre ser sierva. La enorme y terrible diosa se convirtió en criada.

Y entonces fue cuando yo me volví, si no atea, más o menos librepensadora. Pero eso sí, librepensadora guadalupana.

Porque —perdón por la herejía— siento que la Virgen de Guadalupe no es del todo católica. Está en la iglesia, pero sobre todo está fuera de la iglesia. Está en todas las casas, en los taxis, en los camiones, en los mercados; en antros con foquitos y flores de plástico, en sus marcos de caracoles de Acapulco, en la cartera y en el corazón de cuánta gente.

Puede ser que los clérigos hayan querido que naciera católica, pero sobrepasó toda medida y se les fue de las manos. La gente se la apropió. Se salió de la Iglesia y se fue con sus hijos, se fue a las calles y a los pueblos. Y no quiso significar la pureza ni la sumisión ni la esclavitud sino nuestros mejores anhelos de justicia y libertad; es el estandarte del Cura Hidalgo y el emblema en los sombreros de los revolucionarios zapatistas. Es la Virgen que forjó una patria en la patria que forjó una Virgen. La inventaron española, pero Ella se rebeló y se amexicanó. Nunca estuvo del lado de los gachupines, así como no está del lado de los curas gordos y ricachones —aunque varios papas y todos los abades schulemburgs se la hayan querido agandallar, porque es bien taquillera y deja mucha lana— sino del lado de los indios, de los pobres, de los rebeldes, de los jodidos, de los insurgentes, de las mujeres, de nosotros, de la gente buena de México.

Y es que por más esfuerzos de evangelización que hizo la Santa Madre Iglesia en nuestra tierra, México nunca fue del todo católico. Así, católico ortodoxo, jamás llegó a



Rotmi Enciso

ser. Bendito sea Dios que México se quedó mestizo, medio idólatra, medio pagano. Aquí no le rezamos mucho a Dios Padre ni a Jesucristo Resucitado. ¿Festejamos bien la Pascua? ¡No! Festejamos mucho la Semana Santa y el *via crucis*; hasta lo actuamos. Al pueblo mexicano le gustan los Cristos sangrantes, los azotados, los crucificadísimos. Le gustan algunos santos —Santiago, San Miguelito, el santo patrono de donde hayas nacido—; algunas vírgenes, la de Zapopan, la Sanjuanita. Le gusta coronarse de flores y danzarles con plumas y sonajas y teponaztlis, y cantarles en su lengua, y hacer sacrificios de sangre con sus propios cuerpos espinados de nopales.

Le gusta sobre todo ir de rodillas al cerro del Tepeyac, a ver a la Tonantzín-Guadalupe, Nuestra Señora, Madre de Nuestro Sustento, que milagrosamente viene a encarnar desde hace más de cuatrocientos años no sólo a la Virgen María, sino también a la vieja Coatlicue, la madre tierra, la comedora de inmundicias; a Cihuacóatl, abuela y madre de los dioses; a Omecíhuatl, la del faldellín de estrellas, la cara femenina de Ometéotl, dios dual supremo de los nahuas. Y la Guadalupeana crece y abarca toda nuestra historia, y contiene más símbolos y más relaciones de los que podemos ver a simple vista. Debajo de su

manto constelado de estrellas hay una fuerza terrible y misteriosa de calaveras y serpientes emplumadas y millones de llantos y suspiros y palabras oscuras.

Y por más esfuerzos teológicos y catequísticos que hagan los señores curas, en el universo religioso nacional el mero mero no es Dios, sino la Virgencita

de Guadalupe. O por lo menos, tiene igual de poder. Las jerarquías divinas se igualan en el cielo mexicano. Santa María de Guadalupe, vida, dulzura y esperanza nuestra, además de ser bellísima, es fuerte y poderosa, es Reina y Señora. Es Casa de Oro, Torre de Marfil, Rosa Mística, Estrella de la Mañana, Espejo de Justicia y Trono de la Sabiduría. No es medianera ni subordinada. No sufre ni suplica. Hace milagros, triunfante, Ella desde su ayate, Ella rodeada de rosas, con su resplandor de sol, Ella morenita, niña y vieja, madre de misericordia, libre y soberana, mujer.

En diciembre pasado, un reportero gringo me entrevistó para un programa de radio de allá. Lo que más le importaba saber es cómo una mujer feminista moderna podía ser guadalupana. Porque decía que las mujeres feministas de su país eran científicas, racionales y ateas. (Yo pensé, qué horror, eso de ser tan científico, tan racional y tan ateo es cosa de hombres). Muy docta y preparada, le eché un rollo como de dos horas, acerca de todo lo anterior. Hablé también de las ondas *new age* y el renacer de las diosas— y critiqué la modita que hay ahora de “revivir” lo guadalupano, muy fresa, muy de arte-objeto que se vende muy bien, muy de qué padre lo mexicano *kitsch* y muy de descubrir el hilo negro, pero *light*. Ha de ser, en parte, por influencia de los chicanos, que se han identificado mucho con este símbolo y de alguna manera nos lo han devuelto, junto con otras imágenes muy “mexicanas”, muy “aztecas”. Y como vienen de Estados Unidos, mucha gente ahora sí los admira y los valora. Pero desde antes de los chicanos y de las recientes “apariciones” en el metro, la Virgen de Guadalupe ha estado siempre en México, más allá de las modas, arraigada y permanente en nuestra historia; en el arte, en la religión popular, en los ex-votos y en las oraciones, en la recámara y en las canciones y en la cultura y en el alma de la mayoría de los habitantes de nuestro país.

“¿Podría la Virgen de Guadalupe ser un símbolo feminista?”, me preguntó al final el reportero texano. Yo le dije que tal vez sí, que aquí en México pudiera ser, que para mí podría serlo, aunque era mucho más que eso... “¿Por qué?”, me preguntó. Le dije, desesperada: “pues por todo lo que te dije antes”. Se me quedó viendo con una mirada muy rara. Creo que, siendo un hombre moderno, ateo y racionalista, y además gringo, no entendió absolutamente nada. *fem*

Rotmi Enciso

